

aquel medio favorable á la equidad entre las dos facciones que se disputaban á Roma; plebeyo por el nacimiento, patricio por el empleo y por los sentimientos. Esta fué la época en que escribió, á instigacion de los sicilianos, sus memorables arengas.

XIX.

Dos años despues de su *edilidad* desempeñó la *pretura*, magistratura que no tenia rival, excepto la primera de todas, que era el consulado. Sostenia entonces en el senado á *Pompeyo*, el idolo de la aristocracia romana, que pedía un poder ilimitado para purgar la mar de los piratas de *Cilicia*, que asediaban las costas de Italia. La elocuencia de Ciceron giró sobre la resistencia de los demagogos: *Pompeyo* fué dictador y *Ciceron* pretor.

Su fama de incorruptibilidad era tal, que un acusado de concusion, llamado *Macer*, amigo y protegido de *Creso*, el mas rico de los romanos, habiendo sabido que *Ciceron* estaba decidido á votar su condena, dijo que se sentía juzgado de antemano, pues que *Ciceron* era enemigo suyo; y habiendo entrado en su casa sin permitir que sus abogados litigasen su causa, se acostó y murió de una muerte voluntaria, juzgando que la condena de *Ciceron* era la condena de los dioses.

XX.

Hasta aquí, sin embargo, y á pesar de la madurez de su edad y la obstinacion de sus estudios para perfeccionarse en el don de la palabra, no habia litigado mas que delante de los tribunales ó delante del senado; pero no se habia creído capaz todavía de entrar en la tribuna de las arengas y de litigar por las causas públicas delante del pueblo. El pueblo le parecia el mas temible y el mas delicado de los oyentes. «Necesitaba, decía, una elocuencia tan intrépida, tan variada, tan repentina y poderosa como él, y no bastaba la mitad de una vida para prepararse á esto.»

Se atrevió, no obstante, á ello por la primera vez para sostener la especie de dictadura naval y militar que se habia dado á *Pompeyo* y que querian quitarle. Triunfó. Este triunfo le valió, dos años despues, el consulado, objeto de su ambicion y cimientó de su gloria. Poco agradable á la multitud, cuyos desórdenes combatía, sin raíces en la aristocracia, á la cual no pertenecía por su nacimiento, no podía elevarse mas que por

sus talentos y por sus servicios á aquella suprema magistratura que se lograba por la eleccion. Dos hombres funestos, que tenían á la vez á las grandes familias por la sangre, á la multitud por las cobardes adulaciones y por su complacencia en los crímenes, *Antonio* y *Catilina*, eran sus concurrentes. Comenzó por unirse á *Antonio*, el menos peligroso de sus dos rivales, hombre sin carrera, prometiéndole ayudarle en su ambicion, que no era mas que vanidad, de aceptarle por colega en el consulado, y de dejarle los grandes gobiernos de Italia fuera de Roma. Habiendo descompuesto de este modo la liga de sus adversarios, combatió tan vivamente la política plebeya y turbulenta de *Catilina* delante del senado, que la aristocracia, satisfecha de haber hallado semejante sosten, y el pueblo, ansioso de asegurarse tal elocuencia, le nombraron, no en escrutinio sino por aclamacion, cónsul con *Antonio*. Sostuvo la palabra á su colega, y le hizo dar lo que deseaba, el gobierno de la Italia. En cuanto á él, permaneció en Roma para preservar á la república de las agitaciones y de las subversiones que amenazaban todos los dias á Roma, durante la ausencia de *Pompeyo*, entonces en Asia.

XXI.

No tardaron en aparecer estas circunstancias supremas. Independientemente de las grandes facciones de que ya hemos hablado, facciones representadas en *Mario*, en *Sila*, en *Pompeyo*, y poco despues en *César*; independientemente tambien de las facciones permanentes de los patricios y de los plebeyos que despedazaban la república hacia algunos años, habia en Roma una faccion de anarquía, de la demagogía y el crimen, que trabajaba al par de las otras, y no esperaba para destruirlas y sumergirlas en su propia sangre mas que la ocasion de un tumulto civil ó de una debilidad del gobierno. Los elementos de esta faccion impia, que pululaban siempre en medio de las sociedades antiguas y enfermas, eran primero el populacho, espuma del pueblo que se impregna y que se corrompe con todos los vicios del tiempo, y que flota en la superficie de las grandes ciudades al viento de todas sus sediciones. Eran ademas los libertos, los proletarios y los esclavos, lanzados por leyes envidiosas fuera de los derechos de los ciudadanos, y siempre dispuestos á romper el libro de las leyes, que no se estendia para situarse en el lugar que ellos querian; eran despues aquella multitud de soldados licenciados de *Sila*, de *Mario*, del mismo *Pompeyo*, á quienes se les habia distribuido tierra en ciertas partes de Italia; pero bien pronto, cansados de su medianía y de su

ociosidad en estas colonias militares, ó habiendo agotado prontamente en la prodigalidad de los nuevos enriquecidos su fortuna, querian hacerse otra prestando sus armas á las sediciones de la patria. En fin, habia un corto número de jóvenes de las primeras casas de Roma, tales como *Clodio*, *César*, *Catilina*, *Creso*, *Celso*, que habiendo guardado el crédito, perdiendo las virtudes de sus antepasados, corrompidos de costumbres, pervertidos por su licencia, arruinados por sus prodigalidades, señalados por sus escándalos, indiferentes en sus opiniones, ávidos de fortuna, haciendo traicion á su sangre, á su casta, á sus tradiciones, á la gloria de su nombre, se hacian los aduladores, los instigadores, los tribunos, los cómplices enmascarados ó desenmascarados del populacho, y buscaban su riqueza perdida y su grandeza futura en el abismo de su patria.

XXII.

He aquí el estado de Roma en el momento en que *Ciceron* llegaba al poder. El gefe momentáneamente reconocido de todas estas facciones ligadas para la ruina de la república, si es que la anarquía puede tener un gefe, era *Catilina*.

Catilina, hombre de sangre ilustre, dotado de una audacia pertinaz, que el pueblo toma á veces por grandeza de alma; de una fama militar, única cualidad que no se le puede negar; de una de aquellas elocuencias depravadas que saben hacer germinar los vicios en el corazón humano; sospechoso, si no convicto de ser asesino de su hermano, asesinatos en la via *Apia*, de envenenamientos secretos, de dilapidaciones casi tan infames como crímenes, pero bastante insolente por su nacimiento, bastante fuerte por su popularidad, bastante dispuesto á la venganza, y en fin, bastante unido á ligas secretas con *César*, *Clodio*, *Craso* y otros senadores; senador él mismo para que un cierto crédito cubriese su dudosa fama, para que ninguno osase reconvenirle en alta voz de aquellas infamias, de las cuales muchos le acusaban en voz baja. *Catilina* era tambien pretor, y habia elevado su ambicion hasta el consulado. Apenas vió precipitada su esperanza con el triunfo del grande orador, cuando meditó destruir lo que no habia podido conquistar, de degollar al cónsul, de proscribir una parte del senado, de llamar á los soldados licenciados, á los proletarios, los esclavos al asalto de Roma, y de hacer que naciera en esta conflagracion de todas las cosas una ocasion de revancha y una dictadura de crimen para él y para sus cómplices. Si el mismo *César* no era un cómplice, era al menos

confidente mudo, y acaso estaba impaciente del éxito de la conspiracion.

XXIII.

Al inmenso iman de una conspiracion tan vasta, de la cual solo las cabezas estaban ocultas, pero cuyos miembros revelaban por todas partes la existencia, *Ciceron* reúne el senado y obliga á *Catilina* á confesar ó á negar su crimen. «¿Mi crimen? responde insolentemente el faccioso; ¿es un crimen querer dar una cabeza al poder decapitado de la multitud, cuando el senado, que es la cabeza del gobierno, no tiene cuerpo y no puede hacer nada por la patria?» A estas palabras sale *Catilina*, y el senado, asombrado de tanta audacia, da la dictadura temporal á *Ciceron* para salvar á Roma.

Catilina no se duerme despues de una tan franca declaracion de guerra hecha á su patria. Envía á *Manlio*, uno de sus cómplices, que mandaba un cuerpo de veteranos en *Toscana*, la señal de sublevar á sus soldados y de marchar sobre Roma; señala á cada conspirador un barrio de la ciudad, que deben á una misma hora reunir al pueblo y dirigir el movimiento. Las armas, las antorchas están dispuestas, señalados los edificios, contadas las victimas y *Ciceron* es la primera. En la sangre de su primer ciudadano debian los malvados sepultar las antiguas leyes de Roma. Una muger ilustre, querida de uno de los jóvenes patricios asociados al complot, corre á media noche á advertir á *Ciceron* para que cierre á la mañana siguiente su casa á los sicarios. Se presentan en efecto armados al despuntar el día á la puerta del cónsul, cuya cabeza han prometido; la encuentran guardada por un puñado de buenos ciudadanos. Viviendo *Ciceron*, la ciudad tiene un centro, las leyes una mano, la patria una voz, el senado un guia. Aplázase la ejecucion del complot: *Ciceron* no aplaza la vigilancia; convoca al senado á la primera hora del día en el templo fortificado de *Júpiter Stator*, ó conservador de Roma; *Catilina* osa presentarse allí, convencido de que la falta de pruebas contra él atestiguará su inocencia, ó que la audacia intimidará al cónsul. A su entrada en el senado, todos los senadores se separaban de *Catilina*, como para preservarse del contagio ó hasta de la sospecha del crimen. *Ciceron* indignado, pero no intimidado, se levanta y dirige al enemigo público la terrible y elocuente apóstrofe que ha dejado sobre el nombre de *Catilina* la misma huella que el fuego del cielo sobre un monumento destruido. El pensamiento se precipita allí sin descanso por medio de palabras cortas, como si la paciencia ó la indignacion ahogasen

el genio. He aqui algunas palabras que nos darán á conocer al orador y al criminal.

XXIV.

«¿Hasta cuando, Catilina, abusarás de nuestra paciencia? ¿Cuánto tiempo eludirá tu rabia nuestras leyes? ¿A qué término llegará tu audacia? ¡Cómo! ¿ni la guardia nocturna del monte Palatino, ni las fuerzas esparcidas en toda la ciudad, ni la consternacion del pueblo, ni este concurso de los buenos ciudadanos, ni el lugar fortificado escogido para esta asamblea, ni las miradas indignadas de todos los senadores, nada ha podido retraerte? ¿No ves que están descubiertos todos tus proyectos? ¿que tu conspiracion está rodeada de festigos, encadenada por todas partes? ¿Pienzas que ignoramos lo que has hecho la noche última y la que ha precedido, en la casa que has estado, los cómplices que has reunido y las resoluciones que has tomado? ¡Oh tiempos! ¡oh costumbres! Todos estos complots el senado los conoce, el cónsul los ve ¡y Catilina vive todavía! Vive ¿qué digo! viene al senado y es admitido entre los consejeros de la república; escoge y señala entre nosotros aquellos á quienes quiere inmolar. ¡Y nosotros, hombres llenos de valor, creemos hacer bastante por la patria, si evitamos su furor y sus puñales! Hace mucho tiempo, Catilina, que el cónsul hubiera debido conducirte á la muerte y hacer caer tu cabeza bajo la misma cuchilla que levantas contra nosotros. El primero de los Gracos atentaba contra el orden establecido de las innovaciones peligrosas; un ilustre ciudadano, el gran pontífice C. Escipion, que sin embargo, no era magistrado, castigó su delito con la muerte. Y cuando Catilina se apresta á convertir el universo en un teatro de carnicería y de incendios, ¿no le castigarán los cónsules? No recordará que Servilio Ahala, para salvar la república de los horrores que meditaba Spurio Melio, le mató con su propia mano: tales ejemplos son muy antiguos. No existe ya, no, no existe ya aquel tiempo en que los grandes hombres cifraban su gloria en herir con mas rigor á un ciudadano pernicioso que al enemigo mas encarnizado. Hoy un senado-consulto nos arma contra tí, Catilina, con un poder terrible. Ni la sabiduría de los cónsules, ni la autoridad de estos ordena se falte á la república; solo nosotros, lo digo con franqueza, solo nosotros, cónsules sin virtudes, faltamos á nuestros deberes. Trae á tu memoria la anterior noche, y comprenderás que yo vigilo todavía con mas actividad por la salvacion de

la república que tú por su pérdida. Yo te digo que la noche anterior te fuiste (hablaré sin disfraz) á la casa del senador Leca. Allí se reunieron en gran número los cómplices de tus criminales furioses. ¿Te atreverás á negarlo? ¡Tú guardas silencio! Te lo probaré si te atreves á negarlo, pues veo aqui en el senado hombres que estuvieron contigo. ¡Dioses inmortales! ¿En dónde estamos? ¿En qué ciudad, ¡oh cielos! vivimos? ¿Qué gobierno es el nuestro? Aquí, padres conscriptos, aqui mismo, entre los miembros de esta asamblea, en este consejo augusto, donde se pesan los destinos del universo, traidores conspiran mi pérdida, la vuestra, la de Roma, la del mundo entero. Y á estos traidores el cónsul los ve y oye sus dictámenes acerca de los grandes intereses del Estado, cuando su sangre debería correr, y no los hiera ni aun con una palabra ofensiva. Si, Catilina, tú has estado en casa de Leca la noche última; has dividido la Italia entre tus cómplices; has señalado los sitios donde debian acudir; has escogido á aquellos que dejarías en Roma, á los que llevarías contigo; has designado el parage de la ciudad, donde cada cual incendiaria; has declarado que el momento de tu partida habia llegado, que si lo habias retardado algunos instantes era porque yo vivia aun. Entonces encontraste dos caballeros romanos, que para libertarte de esta iniquidad, te han prometido venir á mi casa aquella misma noche, un poco antes del amanecer, y degollarme en mi lecho. No bien os hubisteis separado, cuando lo supe todo. Me cercué de una guardia numerosa y fuerte. Cerré mi casa á todos aquellos que bajo pretexto de cumplir con sus deberes viniesen de tu parte para arrancarme la vida. Los he nombrado de antemano á muchos de nuestros primeros ciudadanos, y anunciado la hora en que se presentarían. ¿Puedes tú, Catilina, gozar en paz la luz que nos alumbra, el aire que respiramos, cuando sabes que no hay aqui nadie que ignore que la vispera de las kalendas de enero, el último dia del consulado de Lépidio y de Tulo, te habías en la plaza de los Comicios armado de un puñal? ¿Qué habia apostada una compañía de asesinos para matar á los cónsules y á los principales ciudadanos? ¿Que no fué el arrepentimiento ni el temor, sino la fortuna del pueblo romano quien tuvo tu brazo y suspendió tu furor? No insisto sobre estos primeros crímenes; son conocidos de todo el mundo, y muchos otros los han seguido. Bastantes veces, y desde mi eleccion y desde que soy cónsul, han atentado contra mi vida. ¿Cuántas veces no he tepido necesidad de todos los ardidés de la defensa para evitar los golpes que tu destreza parecia hacer inevitables? No hay uno de tus designios, una de tus intrigas que yo no sepa. Y sin embargo, nada puede cansar tu voluntad ni desconcertar tus esfuerzos.

XXV.

«¿Cuántas veces ese mismo puñal, con el cual nos amenazas, no ha sido arrancado de tus manos? ¿Cuántas veces no le ha derribado una casualidad imprevista? Y sin embargo, es preciso que tu mano le vuelva á levantar otra vez. ¡Dinos, pues, sobre qué honroso altar le has consagrado, y qué voto sacrilego te obliga á sumergirlo en el pecho de un cónsul! ¿A qué vida estás desde ahora condenado, Catilina? Pues quiero hablarte en este momento, no ya con la indignacion que te mereces, sino con la piedad á que tampoco eres acreedor. Acabas de entrar en el senado: pues bien, en una asamblea tan numerosa, donde tienes tantos amigos y deudos, ¿cuál es aquel que no ha desdeñado saludarte? Si nadie antes que tú sufrió semejante afrenta, ¿por qué esperas que la voz del senado pronuncie la sentencia tan fuertemente espresada por su silencio? ¿No has visto á tu llegada quedar vacios todos los asientos de tu derredor? ¿No has visto á todos estos cónsules, cuya muerte has resuelto tantas veces, abandonar sus puestos cuando tú te has sentado? ¿Cómo puedes soportar tanta humillacion? Si; yo te lo juro, si mis esclavos me temiesen, como todos los ciudadanos te temen á tí, me creeria obligado á abandonar mi casa, ¡y tú no te crees obligado á abandonar la ciudad! Si mis conciudadanos, prevenidos por injustas sospechas, me odiasen como te odian á tí, mejor quisiera privarme de tu vista que tener que soportar sus miradas irritadas; y tú, cuando una conciencia criminal te advierte que hace mucho tiempo no te deben mas que horror, ¿dudas de huir la presencia de aquellos para quien tu aspecto es un cruel suplicio? Si los autores de tus dias temblasen delante de tí, si te persiguiesen con odio irreconciliable, sin duda no titubearias en alejarle de sus ojos. La patria, que es nuestra madre comun, te odia, te teme, hace mucho tiempo que ha conocido los designios parricidas que te ocupan. Y ¿cómo! ¿despreciarás su autoridad sagrada? ¿te rebelarás contra su juicio? ¿Desafiarás su poder? Creo oír en este momento que te dirige la palabra:—Catilina, parece decir, hace algunos años que no se ha cometido algun atentado del cual no seas autor, ni un escándalo en el que no hayas tenido parte. Solo tú has tenido el privilegio de degollar impunemente á los ciudadanos y de tiranizarlos. Las leyes contra tí son mudas y los tribunales impotentes, ó mas bien tú los has destruido, los has anonadado. Tantos ultrages merecian toda mi cólera; pero yo los he devorado en silencio. Ser condenado á perpétuas alarmas solo por tí; ver amenazado mi reposo solo por tí, Catilina; no temer ningun complot que no esté ligado á tu detestable conspiracion, es una suerte á la cual no puedo someterme. Parte, pues, y librame de tantos terrores: si son fundados, para que yo no perezca, y si son quiméricos, para que deje de temer.»

La elocuencia humana raramente se eleva á una altura tan grande como en esta lucha cuerpo á cuerpo entre Ciceron y los cómplices de Catilina. En cuanto á la conspiracion en sí misma, presentaba indudablemente mas superficie que profundidad, y mas ocasion para la elocuencia que peligro real al heroismo del cónsul. Catilina era en el fondo uno de aquellos aventureros á quienes animan políticos perversos con sus secretas connivencias, como se han visto en nuestras revoluciones modernas; pero á los cuales aborrece todo el mundo cuando se presentan, porque escandalizan aun en medio del crimen. Nadie en Roma se determinaba á defender á Catilina. La patria fué salvada de un fantasma mas que de un opresor por Ciceron. Pocos dias despues mostró una resolucion mas firme; pero fué una resolucion contra los vencidos. Algunos cómplices de Catilina, que habian quedado en Roma despues de su partida, y convictos de estar en connivencia con él, fueron cogidos y aprisionados por el cónsul. Inmolarlos sin juicio y á pesar de las leyes protectoras de los ciudadanos, era cargar con la responsabilidad mas terrible; desecharlos era proclamar la impunidad de los complots. Ciceron lleva el problema al senado. César los defiende con el desden y la proteccion del desprecio, pero con la habilidad de un cómplice. El senado titubea; Ciceron se obstina, se indigna, levanta la cólera abatida de los senadores, pide la muerte, y obtiene su peticion en nombre del peligro público. Al salir del senado manda ejecutar á Léntulo, á Cetego, á todos los sospechosos del partido de Catilina; despues, saliendo intrépidamente de la prision donde ellos acaban de espirar, y pasando por delante de los grupos de sus partidarios que esperaban su suerte: «¡Han vivido! dijo, desconfiando del modo con que le miraban, y han ido á dar gracias á los dioses por la salvacion de Roma.»

La faccion de Catilina, de tal modo reprobada que no habia podido llevar de Roma mas que trescientos malvados perdidos de opinion y de fama, fué batida en un dia en Florencia, como lo habia sido en una noche en Roma.

XXVI.

El consulado de Ciceron concluyó con el terror de los facciosos y con el reconocimiento de los buenos ciudadanos. César y su partido, entonces naciente, mas terrible que el de Catilina, se opusieron solos, porque Ciceron

había dado cuenta al pueblo de las medidas que había tomado y de la sangre que había derramado.

«¡Y bien! dijo Ciceron apareciendo en la tribuna, donde César, pretor, le rehusó la palabra, no haré una arenga, pero sí un juramento.»

El pueblo admirado oyó el juramento del cónsul.

«Juro, exclamó Ciceron, atestiguando con su conciencia, con su patria y los dioses, ¡juro haber salvado la república!»

César y sus cómplices protestaron en vano con su silencio contra el asesino de sus amigos; el pueblo entero aplaudió en testimonio del salvador de Roma, y le acompañó respetuosamente hasta la puerta de su casa. Pocos días despues le dieron el título de Padre de la patria. Los emperadores se arrogaron mas tarde este título. Roma libre le dió ella misma y por la primera vez á Ciceron. Las ciudades de Italia le levantaron estátuas como á un dios; le llamaban el segundo fundador de Roma.

XXVII.

Llegó á la cima de la gloria y de la fortuna, donde la envidia le esperaba. La república estaba en tal estado que no tenia lugar para un ciudadano tan grande y tan honrado. Toleraba los grandes talentos, las grandes reputaciones; pero con la condicion de que estuvieran ligadas á los grandes vicios. Todos los partidos tenian interés en separar á Ciceron, pues todos tenian alguna acción criminal vituperable que él podía mostrar á las claras. Cuando las naciones están decididas á perderse, separan á los grandes testigos que pueden avergonzar á los malvados de alguna baja.

Tal era Roma en aquellos años que precedieron á la usurpacion de César y á la destruccion de la república.

Desde que Pompeyo, tantas veces cónsul y triunfador, entró en Roma, y César se engrandeció en ambicion, en intriga, en popularidad y en gloria, Roma estaba dividida en tres partidos que marchaban con paso igual á la ruina de la libertad.

El primero y el mas poderoso era el de Pompeyo, ídolo del senado, querido de los soldados, moderador y sosten á un tiempo de la nobleza, no aspirando á destruir, sino á dominar las instituciones, siendo su ambicion honrada y patriótica, dichoso de conservar la república con tal que fuese él el patrono y el gran ciudadano, y procurando tener entre todos los escesos una balanza, donde su nombre y su espada hicieran siempre inclinar el poder. Caton y Ciceron eran los mas honrados de la república.

El segundo pertenecia al partido de los demagogos, que adulaban por ambicion los mas sórdidos y los mas sanguinarios instrumentos de la multitud, que no cesaban de animarla contra el senado y contra los patricios, que declaraban la guerra á todas las leyes, que no querian otras leyes que las sediciones y los asesinatos, y que por el terror de su anarquía y de sus crímenes rechazaban á los ciudadanos de las dictaduras. El jefe mas temible de este partido popular era Clodio.

En fin, el partido de César, partido de un hombre que había sido dotado por la naturaleza y por la fortuna de todos los dones del nacimiento, del rango, de la riqueza, de la educacion, de la elocuencia, del valor y del genio, y todas estas cualidades las prostituía, jóven en sus vicios, maduro en su gloria y en su ambicion. César, originario de la sangre mas ilustre de Roma, había tomado desde muy temprano el partido de los demagogos, como se ha visto en ocasion de Catilina, á fin de tener dos instrumentos para su elevacion; al lado del senado su aristocracia; al lado de la multitud su popularidad. También tenia necesidad, para cubrir la mala fama de su juventud, de aquel favor apasionado de la plebe, que no exige la estimacion, con tal que se acaricien sus caprichos y sus anarquías. En fin, ya se había señalado en la guerra contra los piratas de Cilicia. Aspiraba á igualar las hazañas de Pompeyo por la conquista de las Galias, con el objeto de fundar á su vida alguna grande gloria conquistada al pueblo romano, de unirse á un ejército personal y de volver en seguida á imitar á Mario, Sila y Pompeyo en Roma; pues la libertad no era ya mas que la perspectiva de la nada, y la supremacia sobre la república era el sueño y la ambicion de todos.

Para conseguir el gobierno de las Galias, objeto natural de sus designios, César que sabía lisonjear á la aristocracia, lo mismo que complacer á la multitud, acariciaba en este momento á Pompeyo y á Clodio. Pedía al uno los sufragios del senado y legiones, y al otro pedía la voz del pueblo. Para complacer á Clodio era necesario entregarle á Ciceron, á aquel padre de la patria que había salvado la república de los demagogos, que Clodio, su jefe, quería vengar. El instante para esta venganza estaba escogido. Pompeyo y Craso, hombres poderosos en el senado, tenían interés en alejar á César, cuyas intrigas y cuya popularidad les molestaban en Roma. Le concedían las Galias para separarle de la vista y del oído del pueblo que comenzaba á mirarle mucho y á escucharle demasiado. Aunque Ciceron fuese de los amigos de Pompeyo, Pompeyo, amigo frío y negligente, un tanto fatigado también de su demasiada fama de salvador de Roma, sacrificaba, momentáneamente al menos, á Ciceron á César, á quien temía, á Craso que le odiaba, y á Clodio que había jurado su perdicion. El grande interés que Pompeyo tenía en

complacer á César prevalecía sobre la amistad.

El odio de Clodio contra Ciceron había sido envenenado otra vez recientemente por una de aquellas calamidades de la vida privada que llegan á ser causas de catástrofes públicas. Clodio, de una raza tan ilustre como la de César y tan apasionado como él en sus amores, había concebido una pasión desenfrenada por la jóven muger de César, llamada Pompeya. Sea que esta jóven esposa, cómplice de esta pasión, hubiera dictado una entrevista á su amante en su casa, sea que Clodio hubiese penetrado sin el consentimiento de Pompeya en el recinto de César, fué sorprendido por la noche por una esclava disfrazada de muger libre en el vestíbulo de César. Era un día de sacrificios y de misterios que cumplían solas las mugeres, y durante el cual no era permitido dejar á ningun hombre bajo el mismo techo. César, sin quejarse de su muger y sin romper con Clodio, repudió á Pompeya. Clodio fué enjuiciado como profanador de los santos misterios. Ciceron habló contra Clodio, impulsado por Terencia, su muger, ambiciosa y celosa. Terencia aborrecía á Clodio, porque Ciceron admiraba á la jóven Clodia, hermana de Clodio y Terencia temía que pensase en repudiarla para casarse con su rival. De esta manera los celos de una muger en Roma iban como en otro tiempo en Atenas á decidir los mas grandes acontecimientos de la república.

XXVIII.

Clodio, absuelto, á pesar de Ciceron, por el favor imperioso de la multitud y por el silencio político de César, abjuró de su nobleza y se hizo adoptar por un plebeyo, á fin de poder ser nombrado tribuno del pueblo, magistratura que personificaba en Roma los intereses y las pasiones populares, y que contrabalanceaba á menudo á los cónsules y al senado. Del mismo modo Mirabeau en nuestros días abjuró de su casta para hacerse elegir en Marsella por el pueblo contra la aristocracia.

El senado, los cónsules, Craso, César, Pompeyo mismo, habiendo abandonado á estos por impotencia, á aquellos por negligencia, á los otros por complacencia, estando todo el poder de Roma en Clodio, agitador y adulator del pueblo, de quien era al mismo tiempo tribuno, este propagó en toda la ciudad su odio y su venganza contra Ciceron. Hizo votar un plebiscito que condenaba al destierro al que hubiera hecho morir á un ciudadano romano no condenado por el pueblo. Era la proserpcion anónima de Ciceron. Roma se encontraba en uno de aquellos momentos en que cada uno pensaba en su propia seguridad, en que no tiene

ni el tiempo ni la libertad de interesarse en la desgracia de otro.

La ambicion militar de Pompeyo, de César y de Craso, ligada con la anarquía popular, entregaba á Roma á la agitacion, á la turbulencia y á los crímenes de Clodio. Acaso estos tres gefes del ejército, investidos á su vez con la dictadura, ó aspirando á ser revestidos con ella, se regocijaban en secreto de una licencia y de una demagogia de la multitud, que atestiguando en Roma la insuficiencia de las leyes y la decadencia del espíritu cívico, hacía sentir mas fuertemente á los ciudadanos la necesidad de un poder arbitrario, y serviría de escusa precursora á la tiranía.

De cualquier modo que sea, ellos cerraban voluntariamente los ojos á los atentados de Clodio contra Ciceron; Craso y César favorecían abiertamente al tribuno. El mismo Pompeyo, que acababa de casarse en una edad bastante avanzada, con la hermosa hija de César, y que estaba enamorado hasta la adoracion de su jóven esposa, no podía, decia, declararse por aquel á quien César condenaba. Pompeyo se había retirado á una de sus casas de campo para gozar allí en paz de su amor; apartaba su alma de los rumores y de los asuntos de Roma. Ciceron, habiendo ido á verle para reclamar el apoyo que debía á su antigua amistad, Pompeyo, desconcertado con la presencia de su amigo desgraciado, cuya desventura solo era para él una reconvenccion de ingratitud, se evadió por la puerta de sus jardines mientras que Ciceron entraba por la del vestíbulo, y ordenó á sus libertos le buscasen por todas partes donde estuviesen seguros de no poderle encontrar.

Ciceron mas consternado de la debilidad de Pompeyo que de su propia ruina, volvió á Roma, y tomando vestidos de luto anduvo de puerta en puerta, seguido de un cortejo de parientes, de clientes y de amigos, igualmente vestidos de luto, provocando con todas estas señales de abatimiento la compasion de la ciudad á quien había salvado, y solicitando, á la manera antigua, la voz de los ciudadanos por su causa. El pueblo le miraba pasar con emocion, mas elocuente con su silencio que lo había sido en la tribuna. Clodio, temiendo el efecto de la compasion del pueblo, movió contra el suplicante aquella plebe sin piedad y sin pudor, que mira la degradacion del talento y de la virtud como una victoria de la baja y la envidia que goza en humillar á todo el que cae. Seguido de esta turba armada é insolente, Clodio se encontraba en todas partes por donde pasaba Ciceron, atacaba á su séquito, hacía despedazar los vestidos de sus clientes, llenaba las calles de tumulto, asesinatos, y animando á sus viles liectores á martirizar al gran ciudadano, le injuriaba, le llenaba de sarcasmos, de lodo, le apedreaba y le obligaba á volver á entrar en su casa súcio y ensangrentado. Los cónsules, impotentes, le aconseja-

ban en lugar de defenderle que cediera al tiempo y dejase pasar la tormenta, alejándose de una patria donde su enemigo reinaba solo. El senado se reunía en vano para proteger á Ciceron, y los senadores, abandonados á ellos mismos por Pompeyo, Craso y César, y asediados en el senado de los satélites de Clodio, despedazaban sus togas de indignacion y atestiguaban al dispersarse la impotencia de las leyes, la cobardia de los generales, la opresion de los ciudadanos y la ruina de la republica.

XXIX.

Cedió, en fin, á la suerte y sucumbió con su patria. Presumiendo que despues de su muerte vendria la devastacion y el incendio de su casa, quiso preservar al menos las cosas veneradas, y tomando de entre sus divinidades domésticas una pequeña estátua de marfil de Minerva, guarda y protectora de Roma, simbolo de aquella sabiduria divina que inspira y que conserva los imperios, la llevó al Capitolio, fortaleza, templo, y palacio de Roma, y la consagró allí para hacerla inviolable á los espoliadores. Despues, seguido de un escaso número de amigos y de servidores, armados de puñal para protegerle, salió aquella noche de Roma, y tomó por senderos desconocidos el camino del mar de Sicilia.

Apenas tuvo Clodio conocimiento de su partida, cuando arrancando mas fácilmente al pueblo un vano decreto de destierro contra aquel que parecia desterrarse, hizo traer un *plebiscito* que desterraba para siempre á Ciceron á quinientas millas de distancia de la ciudad, y que ordenaba bajo pena de muerte á todos los ciudadanos negar el fuego y el agua á aquel á quien el reconocimiento público habia proclamado *el segundo fundador de Roma*.

XXX.

Sucedió á Ciceron en su fuga lo que sucede á todos los hombres poderosos que han caído en la desgracia de la fortuna y en la enemistad del pueblo. Aquellos que no le conocian mas que por su fama, y que no le debian nada, le recogieron con una generosa hospitalidad y se honraron ofreciéndole el abrigo de su techo en su grande infortunio, consecuencia de una grande injusticia. Aquellos á quienes habia elevado á los honores y colmado de bienes durante su consulado, se volvieron, temiendo ser contaminados á los ojos de los poderosos del dia, por su contacto, ó se apresu-

raron á acusarle y á insultarle, temiendo que se los creyese reconocidos. El pretor de Sicilia, que le debía todo, le suplicó no esperase asilo alguno en su gobierno, y una de sus criaturas, á quien pidió el abrigo de su casa cuando llegó á un pueblecillo situado en las márgenes del mar para esperar una barca, le cerró su puerta y le ofreció por gracia un asilo vergonzoso en una de sus alquerias. Ciceron, indignado, se alejó de este suelo inhospitalario y pasó á Brindes, donde se embarcó solo y casi desnudo con direccion á Grecia, patria de sus pensamientos. Mientras que saludaba con lágrimas en los ojos las fugitivas riberas de la Italia llenas de su nombre, Clodio, dando antorchas al populacho, incendiaba su casa en Roma, arrasaba hasta sus cimientos y mandaba construir en la plaza un templo de la Anarquía. Despues, enviando sus sicarios á todas las provincias donde Ciceron poseia casas de campo ó jardines, mandaba vender sus residencias, sus libros, sus florestas para despojarle hasta de las huellas de sus pasos, del encanto de sus estudios, de la sombra de sus árboles, para quitarle hasta los recuerdos de su felicidad en todo lo que fué su patria.

Pero el respeto hácia Ciceron y el horror de investirse con los despojos de aquel á quien cada romano debía su propio hogar, eran tales, dice Plutarcó, que nadie se presentaba para comprarlos. Su correspondencia, que hemos tenido la dicha de conservar entera, contribuirá á que leamos el fondo del alma de un grande hombre, los abatimientos del desterrado, las ternuras del padre, las debilidades del esposo, las resignaciones del filósofo y las amarguras del ciudadano.

SEGUNDA PARTE.

I.

Ciceron proscrito, llegado á Grecia, se proponia residir en su querida Atenas, que el ejemplo y las cartas de su amigo Atico le habian enseñado á amar tanto. Pero la sombra de su vida pasada sigue á los hombres públicos hasta en la tierra estrangera: el mar que los separa de su patria no los separa de su nombre. El de Ciceron le precedia y le desahuciaba por todas partes. Supo que los restos del partido de Catilina y los cómplices de Clodio le esperaban en Atenas para pedirle cuenta con el puñal en la mano de la vida de Catilina, de Léntulo y de Cetego. Huyó prudentemente de esta mancha de sangre que parecia perseguirle, y se refugió en Tesalónica, colonia roma-

na, en el fondo del Mediterráneo, al pie de las montañas de la Macedonia.

«¿Cuánto me pesa, escribia en el camino, cuánto me pesa, mi querido Atico, no haber prevenido con mi muerte voluntaria el escape de mis desgracias! Suplicándome que viva, no consigues mas que una cosa: detener mi mano dispuesta á matarme; pero, ¡ay! no me arrepiento menos diariamente de no haber sacrificado esta vida para salvar mi herencia á mi familia: ¿qué es lo que ahora puede unir-me á la existencia? No quiero, mi querido Atico, enumerarte estas desgracias, en las cuales me he precipitado menos por el crimen de mis enemigos que por la cobardia de mis envidiosos» (Alusion punzante á Pompeyo, á Craso y á César) «Pero, juro á los dioses que jamás hubo un hombre mas humilde bajo el peso de tantas calamidades y que ninguno tuvo jamás ocasion de desear tanto la muerte!... ¡lo que me resta de vida no está destinado á curar mis males, sino á terminarlos... Me reconviene por el sentimiento de la queja de mis males. Pero, ¿hay una sola de las adversidades humanas que no esté acumulada en la mía? ¿Quién, pues cayó de tan grande altura de una manera mas asegurada en apariencia, dotado de tales poderes de genio, de sabiduria, de favor público, de estimacion y de apoyo de una multitud tal de grandes y buenos ciudadanos?... ¿Puedo yo olvidar en un dia lo que yo era ayer y lo que soy hoy? ¿De que dignidades, de que gloria, de que hijos, de que honores, de que riqueza de alma y de bienes, de que hermano en fin (un hombre que amo á tal exceso que me ha sido menester, por un género enojoso de suplicio, separarme de él sin abrazarle, temiendo que viese mis lágrimas y que yo mismo no pudiera soportar su palidez y su duelo), no he sido yo separado?... ¡Ah! yo enumeraría aun otras causas de desesperacion, si mis lágrimas no me cortasen la voz!... Sé, y he aquí la mas amarga de mis penas, que por mis faltas me veo abismado en tal ruina!... Me hablas en tu última carta de la imagen que el liberto de Craso te presenta de mi desesperacion y de mi delgadez!... ¡Ay! cada dia que transcurre se acrecientan estos males en vez de disminuirse. El tiempo acorta el sentimiento de las otras desgracias; pero las mias son de tal naturaleza, que se agravan continuamente por el sentimiento de la miseria presente comparada con la felicidad perdida! ¿Por qué uno solo de mis amigos no me ha aconsejado mejor? ¿Por qué me he dejado helar el corazon con la frialdad de Pompeyo? ¿Por qué he tomado una resolucion y una actitud de culpable suplicante indigna de mí? ¿Por qué no he afrontado mi fortuna? ¡si así lo hubiese hecho, ó hubiera muerto gloriosamente en Roma, ó gozaria ahora del triunfo de mi victoria!... Pero, perdóname estas reconvienciones, que deben caer sobre mí mas

que sobre tí, pues si me propongo acusarte conmigo, es menos para escusarme á mi propio, que para hacerme estas faltas mas perdonables asociando á ellas otro yo!...»

«....No, no iré de ninguna manera á Asia, porque huyo de los lugares donde puedo encontrar romanos, y donde mi celebridad, en otro tiempo mi gloria, me persigue hoy como una vergüenza!... Y no quiero alejarme mas temiendo que si por una casualidad sucede algun cambio inesperado á mi fortuna por parte de Roma, no esté mucho tiempo ignorándolo. He resuelto, pues, ir á refugiarme á tu casa en Epiro, no por la comodidad de la residencia, indiferente á un desgraciado que huye hasta la luz del dia, sino para estar en aquel puerto que me ofreces mas inmediato para el regreso á mi patria, para recoger allí mi miserable existencia en una soledad que me la hará mas soportable, mas tolerable, ó lo que quisiera mejor todavía, que me hará despojar mas valerosamente la vida. Si, yo debo escuchar otra vez las súplicas de la mas tierna y la mas adorada de las hijas!... Pero dentro de poco ó el Epiro me abre el camino de la vuelta á mi patria, ó yo mismo me abro el de mi verdadera libertad!... Te recomiendo mi hermano, á mi nger, á mi hija, á mi hijo; mi hijo, á quien no dejaré por herencia mas que un nombre humillado é ignominioso!...»

II.

Pero en el momento en que Ciceron se preparaba á morir para castigar él mismo el crimen de sus cnemigos, la cobardia de sus amigos y su propio infortunio, el exceso de la tirania popular llevaba el pensamiento de Roma hácia aquel que la habia salvado con su elocuencia y con su valor de la necesidad de los dictadores ó de la vergüenza de las anarquias. Clodio, sin contrapeso, obligado á presenciar diariamente las demasías y los excesos anteriores, á fin de permanecer á la cabeza del populacho, al cual no se puede complacer sino cediendo á sus caprichos, comenzaba á fatigar la licencia misma y á inquietar á Pompeyo, no solamente sobre su poder sino sobre su vida. Amenazaba igualmente á César hasta en el seno de la soberania de las Galias. César, Pompeyo, el senado, los patricios oprimidos, los plebeyos virtuosos, se ligaron sordamente para inquirir al pueblo el horror de Clodio y el llamamiento de Ciceron, el único hombre que podian oponer á la tribuna de las arengas, á la popularidad perversa del tribuno.